

DONDE LA CRUZ FLORECE

La historia de Fray Pablo María de la Cruz

Myriam A. Hidalgo

DONDE LA CRUZ FLORECE

La historia de Fray Pablo María de la Cruz

Salamanca

2024

© **DONDE LA CRUZ FLORECE**
La historia de Fray Pablo María de la Cruz

3ª edición, agosto de 2024

© Myriam A. Hidalgo

ISBN 978-84-10120-53-2

Depósito legal: S 172-2024

Produce: Óscar Alba Ramos

Diseño portada: Equipo de Comunicación Carmelita, Prov. ACV.

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

En el perfil de Instagram **@dondelacruzflorece** encontrarás multitud de fotos que ilustran cada uno de los capítulos de este libro. Creemos que así podrás conocer un poco mejor a su protagonista y comprobar con tus propios ojos que era un chico normal.

Por otro lado, si quieres saber más sobre la que está liando este joven después de su muerte, te invito a que sigas a **@fraypablom**

PRESENTACIÓN

ÉRASE UNA VEZ

Una oración a la Reina del Cielo fue lo que hizo inevitable esta aventura. El 30 de mayo de 1999, un cálido domingo, dos años antes de que abriera los ojos por primera vez nuestro protagonista, un matrimonio perteneciente al Camino Neocatecumenal paseaba de la mano por el Santuario de Loreto. Entre sus altos muros se encuentra la casita de Nazaret (es una historia muy chula, te invito a que la busques). Les habían propuesto una peligrosa tarea: pedir a la Virgen María, arrodillados en el interior de la que fue su propia casa, lo que deseaba su corazón.

No te dejes engañar por su mirada dulce y su rostro angelical. Tratar con Nuestra Señora es considerado un deporte de riesgo, pues antes de que puedas darte cuenta, habrá desmontado todas las defensas de tu corazón, dejándote totalmente expuesto al amor de su Hijo. Al igual que tirarse en paracaídas, da vértigo, pero cuando decides lanzarte al vacío, ves que merece la pena. Si no me crees, sigue leyendo.

Él, arquitecto de profesión, y ella, dedicada al cuidado del hogar desde que se casaron, eran tan diferentes como pueden serlo dos personas. En la breve historia de este matrimonio, raramente habían tenido tan claro lo que querían. Desde que perdiesen en un aborto natural al primero de sus hijos, deseaban un varón. Una tras otra, fueron llegando tres niñas preciosas y, al fin, el ansiado hombrecito, quien recibió el nombre de su abuelo materno: Juan.

Pasaron los años y, a pesar de estar abiertos a su Voluntad, el Señor no parecía tener a bien mandarles ningún hijo más.

Pues allí, a los pies de la Virgen, aquella mujer pidió, como Santa Ana, tener un hijo varón, para que el pobre Juan no estuviese solo entre tanta mujer.

Y así fue, porque Dios es el dueño de la vida y porque lo que quiere, lo hace, en el cielo y en la tierra. Pablo no solo fue deseado, sino que fue un regalo de la Virgen de Loreto.

Es de justicia añadir que no solo sus padres rogaron por la llegada de este niño. Su hermano mayor, Juan, a pesar de contar por aquel entonces con tan solo cuatro años, pedía cada domingo en el rezo de laudes con su lengua de trapo un hermanito para jugar.

Sea como fuere, el Cielo atendió los ruegos de unos y otros y Pablo aterrizó en este mundo. Este fue solo el primero de los muchos milagros que sucedieron después.

NACIMIENTO

El nacimiento de nuestro protagonista acontece el 26 de julio de 2001, con el calor propio de la época y el bullicio, también propio, de una casa en la que ya vivían cuatro niños. Miriam, de 10 años; Carmen, de 9; Noemí, de 6, y Juan, de 4. Al ansiado momento le precedieron muchas noches de insomnio, piernas hinchadas, rosarios y antojo de pipas, muchas pipas.

Te cuento esto porque siempre he pensado que las madres tienen un sitio reservado en el Cielo, aunque sea en la esquinita más alejada. Lo que es seguro es que embarazo, parto y puerperio deberían convalidar algún tiempo de purgatorio.

Para los otros niños, el nacimiento de su hermano estuvo rodeado por un halo de alegría, pues en ausencia de su madre, su padre los alimentaba a base de volcanes de arroz blanco con tomate y platos rebosantes de huevos con patatas fritas.

La llegada de Pablo a casa fue, sin embargo, algo decepcionante para el pequeño Juan, quien esperaba un niño más o menos de su edad con el que poder jugar. En lugar de eso, se encontró con un bebé delgaducho cuya única iniciativa ya unos meses después era tirarse del cambiador al mínimo despiste de sus padres.

Si te has parado a echar cuentas, verás que fray Pablo murió el 15 de julio del 2023, por lo que no llegó a cumplir los 22 años. Puede que una vida así te parezca muy corta, pero te adelanto que Dios todo lo hace bien. Espero que a través de estas páginas puedas descubrirlo.

CRECER EN UNA FAMILIA CRISTIANA

Suspendido en el cielo de primavera, el gigantesco disco lunar iluminaba la noche más importante del año. Con las primeras luces del alba, numerosas familias con sus hijos se recogían en sus hogares, tan eufóricos como exhaustos, tras celebrar durante horas el momento central de su fe: la Pascua de Resurrección, el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal.

Nuestro protagonista creció viendo cómo toda la familia se ponía elegante para ir a ver al Rey de Reyes en la eucaristía, cómo sus padres le dejaban una vez a la semana al cuidado de sus hermanas mayores para ir a rezar a la parroquia, cómo en el Evangelio estaba contenida la Historia de la Salvación de los hombres y cómo no había nada, pero nada, más importante que rezar los laudes en familia los domingos.

En el Camino Neocatecumenal se vive la fe en pequeñas comunidades. Las familias conviven con otras familias de la parroquia, los niños crecen en un ambiente en el que hay más niños como ellos y, de alguna manera, la vivencia de los padres en comunidad se traslada a una vivencia de la fe de los hijos en comunidad.

De este modo, Pablo se sabía de memoria la teoría de quién era Dios y qué había hecho por él.

En concreto, en casa de nuestro protagonista, los laudes en familia han sido un punto clave en la transmisión de la fe. En medio de la oración se explicaba a los niños las Escrituras, recurriendo incluso a *midrashim* hebreos para adentrarse en pasajes del Antiguo Testamento.

Cuando los niños iban creciendo, los laudes se convertían además en un punto de encuentro donde, con el Espíritu Santo en medio, se podía hablar de los problemas y preocupaciones de cada uno.

Estas celebraciones han sido claves para poder ayudar a los hijos en los momentos en los que el enemigo les estaba tendiendo trampas peligrosas de verdad. Sobre todo a partir de la adolescencia, en la que, por resumir, “donde hay hormona no manda neurona”. Es un tiempo en el que el diablo ronda a las almas como león rugiente, buscando a quien devorar.

En muchos casos son los propios hermanos los que conocen de qué pie cojea cada uno y pueden ayudarse entre ellos.

En este contexto de los laudes no solo se trataban los problemas, también podían expresarse las luces que Dios regalaba a cada uno. El día en que fray Pablo María de la Cruz se consagró rezó laudes como cada domingo con su familia. Lo que en ellos expresó, abriendo su corazón, dejaba entrever hasta qué punto se había abandonado a la voluntad de su Amado.

Pero como dice Michael Ende, esa es una historia que debe ser contada en otro momento.

TRANQUILO, TRANQUILO

La aventura comienza cuando nuestro protagonista aterriza en una familia numerosa marcada por el ritmo delirante de una casa en la que conviven siete personas, cada una con sus horarios y maneras de ser. Para ser honestos, en sus primeros años Pablo no prometía mucho como protagonista ni de esta ni de ninguna historia.

En medio de la vorágine de hermanos que pasaban corriendo a su alrededor o le apretujaban en torpes muestras de cariño, a él todo le hacía gracia y todo le venía bien. Parecía que, más que un niño, había llegado a la casa un saquito de patatas que, allí donde lo dejaran, allí lo encontraban, esperando pacientemente con una sonrisa.

Pablo era lo que podía decirse un niño tranquilo, tranquilo. No necesitaba mucho, era el típico muchacho al que le regalaban un juguete y él jugaba con la caja.

Esa fue quizá una de las primeras bendiciones de la Virgen para esa madre que ya había sufrido cuatro hijos terremoto, cada uno a su manera. Así se cumplía en él, también, la profecía taurina: no hay quinto malo.

Además de tranquilo, Pablo era un niño muy abierto y sencillo. En la parroquia, en el colegio, en el supermercado, todo el mundo conocía a aquel muchacho noblote y agradecido. Rara era la vez que abandonaba la panadería sin un colín para el camino a la biblioteca sin llevarse aquel libro de dragones tan cotizado. ¿Y sabes qué? Creo que era precisamente esa inocencia, esa pillería ausente de maldad, la que conseguía ganarse el corazón de la gente.

OLVIDADO

Aquel día, como casi todos los domingos desde que se mudaron a Salamanca por razones de trabajo, los Alonso Hidalgo se dirigían a Zamora a la habitual comida familiar. Salir en su modesta monovolumen no era tarea fácil. Levantarse, desayunar, alistar la casa, preparar lo que había que llevar y (lo más importante) rezar con calma los laudes con cinco niños puede quitarle la paciencia, en palabras de la madre, hasta al santo Job.

A la carrera, todos habían entrado en el coche y abrochado sus cinturones de seguridad. Mientras el patriarca trataba de instruir sobre la importancia de la puntualidad a sus vástagos, la paciente madre avisaba a los abuelos de que llegarían algo tarde. Fue entonces, en la pausa obligatoria del primer semáforo en rojo, cuando el padre miró por el espejo retrovisor con el fin de comprobar si el sermón estaba surtiendo el efecto deseado. Sin embargo, su atención se centró en algo muy distinto.

—Ricardo, ¿qué haces? Por aquí no se va, no podemos perder más tiempo —lo increpó la madre, desesperada.

—Ya lo sé, M^a Carmen. Doy la vuelta porque nos hemos dejado a Pablo.

Así era. Juan, que se sentaba a su lado, iba mirando por la ventanilla, tan despistado como siempre, sin percatarse de que el asiento de al lado estaba vacío. Cuando la pobre mujer, que no ganaba para sustos, abrió minutos después la puerta de casa, se encontró a su hijo más pequeño sentado en la entrada, esperando entre sollozos.

Puede que estés pensando que esta situación es inverosímil (si formas parte de una familia numerosa, probablemente no te

parezca tan descabellada), pero para ser justos, no toda la culpa era de los padres.

Aquí se juntaron dos factores:

Por un lado, el pequeño Pablo no sabía jugar al escondite. Él se escondía, sí. En ocasiones se escondía muy bien. Pero en cuanto alguien preguntaba: “Pablo, ¿dónde estás?”, él respondía (para tranquilidad de sus padres): “¡Aquí!”. Conviéndrás conmigo en que jugar al escondite así es un rollo. No te preocupes, sus hermanos se encargaron de solucionarlo.

Tras mucho regañarle, a Pablo le quedó claro que bajo ningún concepto debía responder cuando se le llamase. Así pues, el pobre niño aprendió a guardar en un silencio sepulcral a que se le encontrase.

Este cambio fue recibido con regocijo por los demás niños de la casa. Sin embargo, se convirtió en un quebradero de cabeza constante para los padres, pues que nuestro protagonista fuera tranquilo no quiere decir que estuviese falto de iniciativa. En ocasiones jugaba al escondite durante horas por la sencilla razón de que no avisaba a nadie. Él se metía en el cesto de la ropa y a esperar a que alguien le encontrase.

Aun así, disfrutaba mucho de la compañía de los demás. Le encantaban los besos, abrazos, (cuando creció sus hermanos lo llamaban “el achuchombre”) y, por supuesto, las cosquillas. Por culpa de estas últimas Ricardo no podía dormir tranquilo una siesta, pues Pablo gritaba y se retorecía como una lagartija.

Por otro lado, tenía la capacidad de centrarse en algo que llamase su atención y para allá iba, de nuevo sin avisar a nadie. Por este motivo sus padres podían llevarlo de la mano y, tan solo un minuto después, que el muchacho hubiese desaparecido sin dejar rastro.

Gracias a Dios, como el niño Jesús, siempre que fue perdido, fue hallado.

EL BELÉN DE PABLO

En su modesto piso cerca del Camino de las Aguas, la familia Alonso Hidalgo aprovechaba el descanso del puente de la Inmaculada para poner la decoración de Navidad. Como en muchos hogares cristianos, además del árbol, las guirnaldas y el espumillón, hay un elemento que destaca sobre todos los demás: el belén.

En la casa de nuestro protagonista había dos, a falta de uno. El primero, puesto en la entrada, contenía solo el misterio: María, José, el Niño, la mula y el buey. Al principio era el único nacimiento y lo colocaba toda la familia, pero después de que el buey perdiera un cuerno y san José la mano (de tanto pedirle que nos echase una, bromeaba siempre la madre), decidieron que los niños tuviesen un belén propio.

Todo fue bien hasta que Pablo tuvo edad de participar, pues otra cosa que debéis saber de él es que desde bien pequeño le encantaban los animales. Tenía decenas y decenas de animales de plástico a escala que poco a poco fueron colonizando el salón, haciendo fila para darle la bienvenida al niño Jesús la noche del 24 de diciembre, con poco rigor histórico, por suerte para la Virgen María.

El belén del que os hablo era, cuando menos, pintoresco. Contaba con una pequeña gruta de corchopán, un río de papel de aluminio y el misterio del nacimiento. Hasta ahí todo normal.

El suelo estaba completamente cubierto de virutas de sacapuntas que Pablo y su hermana Noemí consiguieron reduciendo a polvo todo un estuche de pinturas de cera con un sacapuntas de manivela. Las gallinas, patos y ocas dificultaban el paso de los pocos pastorcillos que osaban adentrarse en aquel zoo.

Lo que no había era romanos. Quizá se los había comido el tigre blanco o la pareja de cocodrilos que acechaba entre las aguas. Herodes imagino que habría huido, pues donde solía estar su palacio había aparecido un velociraptor. El que a lo mejor sí había acudido a la escena, aunque no podamos afirmarlo con seguridad, era Jonás, pues en mitad del río descansaba una ballena de resina de casi un kilogramo.

Esta obsesión por los animales se convirtió más adelante en amor por la naturaleza. A Pablo le encantaba cazar bichos, bañarse en el río, encaramarse a cada roca que veía y pasear por el bosque.

Durante su adolescencia comenzó a buscar dentro de la ciudad espacios donde poder disfrutar de un poquito de verde. También le encantaba ir a Sanabria con sus tíos y perderse entre sus sendas. Conocía sus caminos mejor que algún lugareño. Caminaba y subía montañas, aun después de la operación en la que se quedó cojo. Poco a poco, y en sus propias palabras, descubrió a Dios en la naturaleza.

Sin embargo, que a Pablo le gustase la naturaleza no quiere decir que a ella le gustase Pablo. Revisando su infancia y juventud hemos descubierto varios intentos de asesinato en sus acercamientos a la madre tierra. En uno de los campamentos de la parroquia se quemó el ojo con lejía, casi se secciona la arteria femoral en una peregrinación a Fátima, fue mordido por un insecto que (supuso él) estaba muerto y durante un viaje familiar a Lourdes... solo diré que por poco se prende fuego y fue ligeramente electrocutado.

Si piensas que todo esto tiene poco que ver con las Escrituras, te invito a que leas el cántico de los tres jóvenes (Dan 3,57-88.56) que la familia de nuestro protagonista rezaba cada domingo durante los laudes. Como puedes ver, a base de repetir, el

mensaje fue calando poco a poco. Toda la creación, la naturaleza, alaba a nuestro Dios, y si te fijas, podrás descubrirlo en ella.

Fray Pablo lo tenía clarísimo.